

EN BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD CIBORG

Tabbia, Valentina^a

^a *Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba*

Para comenzar, me gustaría mencionar una pequeña frase que escribí hace unos años. *La objetividad, en cuestiones subjetivas, es como encarcelar a un pájaro por su deber como mascota.* Si bien mi idea del sujeto-objeto ha cambiado radicalmente en el presente, se podría decir que ya en el pasado cargaba con un pensamiento que mantenía bajo sospecha los esencialismos y me plantaba dubitativa frente a lo que se concebía como dado. En la actualidad, lo confirmaría hasta cierto punto, apoyada por ideas de autores como Donna Haraway.

Detrás de esa frase, junto a muchas más, algunas que están en este texto, otras que se perdieron con el avance de mi adolescencia, se encuentra toda una historia que me llevó a encontrarme entre preguntas incómodas y creencias que ya no funcionaban más. Lo cual me hizo cuestionarme desde mi identidad como diminuta persona entre los siete billones existentes, hasta la identidad que tenemos como sociedad, para darme cuenta de la conexión tan importante que se hallaba escondida. Este vínculo intrínseco entre lo que suponemos ser y la construcción de nuestra individualidad más íntima, que, aunque la consideremos tan propia, no es más que el producto de una forma de ser funcional que ya fue pensada antes de que nosotros nacióéramos. Es entonces donde el cambio toca mi puerta, de la misma forma que Preciado lo indica: *el cruce exigía pérdidas, pero las pérdidas me forzaban a inventar la libertad* (2019: 34); en el cambio se

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2

Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)



hallan pérdidas, y de las viejas formas de ver el mundo surgen nuevas, quizás más crudas, pero jamás desesperanzadas.

Luego del breve acercamiento al contenido de este escrito, decido situarme en el punto de inflexión más importante. Para eso, es necesario volver a cuando tenía catorce años. Después de algunos eventos personales que me marcarían, sumado a síntomas que tenían un fuerte control sobre mí, me encontraba mirando un panorama desalentador con respecto a la vida. Ahí fue cuando empecé a pensar: ¿cuál es el sentido de mi existencia? ¿Cuál es el sentido de la existencia? Formular estas preguntas implicó poner en lupa mi propia consciencia. La conclusión se obtuvo a través de dos respuestas que se delataban pesimistas. Primero, que nunca iba a poder responder con exactitud, y segundo, que ninguna de las dos tenía sentido. No es necesaria la lupa para darnos cuenta de que mi autopercepción se veía íntimamente influenciada por una angustia que excavaba cada vez más rápido.

Me adelanto un momento para aclarar que la palabra *angustia* se repetirá en varias ocasiones. Me parece importante, entonces, esclarecer lo que para mí significa. Hablo de angustia como un estado de ánimo casi imperturbable que permanece por un gran tiempo. No utilizo sinónimos porque ningún otro puede representar con exactitud de la misma forma que lo hace la angustia. No es tristeza, porque concibo a la *tristeza* como un sentimiento que se produce ya sea por un evento exterior o interior, el cual, aunque no sepamos exactamente cuándo acabará, sabemos que eventualmente lo hará, dependiendo de su profundidad. A diferencia de la angustia, la cual opera de forma más silenciosa y se va construyendo de a poco, hasta que, sin darte cuenta, ya te despertás con ella, soñás con ella. En resumen, se presenta como un inquilino del corazón, que, aunque no pague la renta, por alguna razón sentís que no podés echarlo, porque algo le debes. De forma más sencilla y sin metáforas, la angustia sería un estado de ánimo de dolor mudo.

Ahora sí, voy a comenzar a describir el proceso que me llevó hasta la angustia, como así también lo que resultó de ella. Retomando la edad de catorce años, de a poco se implantó un cierto rencor hacia mí misma, como también hacia el mundo que me rodeaba. Construí una forma de analizar cada evento, ya sea pasado, presente e incluso futuro, a través de una base sesgada

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



que afirmaba mi mala suerte, mi desgracia y mi completa incompetencia para cambiar aquello que no me gustaba. De esta forma, me fui moviendo durante años a través de patrones de pensamiento repetitivos, que confirmaban una y otra vez la escasa significación que se hallaba en la existencia. Me culpaba de cada aspecto que me causaba malestar, mientras que, a la vez, me eximía de toda culpa, bajo la idea de una sociedad privilegiada, afortunada y normal.

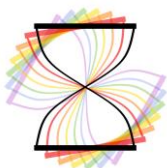
La diferencia entre los demás, “normales”, y yo, “rara”, un aspecto que había influenciado directamente en la angustia, se originó en parte por la forma en que el resto me había caracterizado durante la niñez. Siempre fui una persona sensible, con tendencia a llorar muy fácilmente. Por más de que intentara pretender que no sentía tan profundo, mis emociones eran más fuertes y lograban salir a la superficie. Mis compañeros, descolocados ante mi forma de ser, me recordaban una y otra vez mi mayor defecto: la sensibilidad.

Esta forma de percibirme me impulsó para que mi propia definición se fundamentara en lo que otros decían. Para nada considero que esto haya tenido un trasfondo de maldad, y es justamente acá donde tengo que poner el primer punto de atención. La negatividad marcada en el ser sensible forma parte de cómo la sociedad construye esta definición, por ello considero tan importante reconocer que aquello que nos aflige puede ser algo estructural. Para que yo llegara a esta conclusión, tuvieron que pasar muchos años. Ahora comprendo a la sensibilidad como una cualidad muy importante, porque permite acceder a miradas agudas y, sobre todo, a conectar con el resto a través de la empatía.

El sentimiento incomoda, porque nos recuerda que somos vulnerables y porque crecimos bajo la idea de que la emoción no es más que una distracción que nos aleja de las verdades a las que la razón pueda llegar. También creo que ni la empatía ni la vulnerabilidad son características que sirvan para producir, como se menciona en el libro *Vigilar y Castigar* (1975) de Foucault. Se construye una idea de cómo una persona debe ser, y quienes se desligan de la normatividad son tachados como fallas. Como alguien que “dejó de funcionar” debido a que la angustia me lo impedía, llegué a reflexionar sobre la poca adaptación que tenían las instituciones para la neurodiversidad. Todas estas observaciones sobre la ideación de una manera de vivir como “normal”, las terminaría por confirmar al acercarme al pensamiento foucaultiano.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



Foucault aparece por casualidad cuando estaba investigando la forma en la que la sexualidad había sido vista a lo largo de los años. Sospechaba cierta expresión de poder ejercida en las relaciones entre personas de ambos géneros, lo encontraba en el discurso común de la misma comunidad LGBT; como perteneciente a ella, no estaba de acuerdo con expresiones como activa o pasiva, porque entendía todo el peso que conllevaba. Esta forma de caracterizarnos se reducía a una función de dar o de recibir en el acto sexual, que se planteaba como principio de identidad. Encontraba en estos discursos un absurdo simplista donde las identidades valían solo en base a una condición sexual que excluía incontables maneras de lo que representa ser una disidencia del sistema heteronormado.

Aunque en ese momento no lo visualizara, Haraway también terminó por denominar aquella definición que había ido construyendo. Siguiendo su *Manifiesto ciborg* (2018), entendiendo la existencia de un sujeto que manipula al objeto utilizándolo como recurso, se puede entonces identificar tan claramente este juego de poder entre las relaciones homosexuales, que no es más que la traducción precaria de los dinamismos hombre-mujer, en donde la mujer halla su lugar como objeto pasivo.

En una unión de dos personas donde no hay “hombre” o no hay “mujer”, entonces, encontramos la forma de rellenar ese espacio vacío repitiendo la regla, pero cambiándole el nombre. Esta fue una de las primeras veces que me negué con rotundidad y me posicioné en una frontera. En mi relación con otra mujer, no voy a ocupar ni un lugar activo o pasivo ¡porque no los necesito! Porque no me interesa ser más o menos que mi pareja, ni cumplir el rol de un género u otro. Tenía presente ya en ese entonces, que cualquier vínculo que estableciera se daría en condiciones de igualdad.

Para este momento, llegando a cumplir quince años, fue cuando entendí que el poder accedía a nosotros a través de nuestras subjetividades más íntimas y que, a pesar de que las alternativas a la cisheteronorma existieran, también respondían de manera funcional al sistema que tanto mal le había producido.

Me gustaría agregar, como complemento, la formulación que hace Preciado (2019), en el libro que ya he citado acá —puede notarse que me mantengo en constante diálogo con sus

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



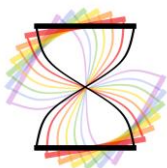
escritos, a medida que realizo este— al concebir a aquellos que traspasan una frontera como migrantes. Aunque el *migrante* posea una caracterización literal del cambio territorial, también se encuentra frente a fronteras simbólicas que lo hacen cuestionar su autenticidad como perteneciente a una cultura u otra. Simpatizo mucho con esta forma de describir a las personas que se encuentran con la duda de su pertenencia, donde la claridad del sentimiento fronterizo que experimenta el migrante es, a su vez, una demostración de cuán frágil es nuestra identidad, de cuán sostenida está por las instituciones, y la facilidad con la que, al situarnos en los límites, perdemos una parte de nuestra humanidad.

Volviendo a la época en cuestión, cabe destacar que el entendimiento de cómo opera el poder dentro de la sexualidad trajo como consecuencia en mí una forma de entendernos como humanos. Comencé a realizar un análisis de la conversación diaria, donde siempre estaba buscando de qué manera el poder se ejercía. Nunca escuchaba lo que decían mis allegados, sino cómo y qué representaba para cada persona cada palabra. En el discurso cotidiano, no se habla más que de uno mismo: están en los detalles de la interpretación personal los secretos de cuánta autoestima, miedo o esperanza hay en nosotros. Menciono esto como importante porque, más allá de los rasgos particulares ocultos en el habla, también esta perspectiva me permitió encontrar patrones en la forma de pensar, notar que ciertas creencias se formulaban repetidas de una persona a otra, que no parecían ser tan propias. Fue así como me di cuenta de la concepción conjunta que se tenía de la *sensibilidad*. Se la caracterizaba como un malestar que debía evitarse y, de esa manera, quienes no pudieran hacerlo, serían marginados. Al reconocer esta creencia, pude comprender que mi sensibilidad no era el problema, sino la definición que a lo largo del tiempo se había ido construyendo, la cual podía reformularse de una manera distinta.

Llegados a este punto, mis sospechas por lo establecido no harían más que expandirse a cualquier ámbito de la vida; de manera simultánea, la angustia iría tomando un ritmo cada vez más rápido, porque a pesar de haber entendido que la marginación por la sensibilidad era una respuesta estructural, no era suficiente como para llegar a conclusiones similares con otras creencias que poseían mayor fortaleza e impacto negativo. Por eso, con el recorrido hecho anteriormente, ahora voy a pasar a exponer algunas de las ideas que fui formulando desde mis

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



observaciones y con las influencias pequeñas de contenido que consumía en redes sociales a través de canales de divulgación filosófica.

Me parece de suma importancia entender que ni la angustia ni la marginación me convierten en *ciborg*, sino que lo hace lo que de ellas pude aprender. Destaco que estas fueron las razones que me permitieron redefinir muchos conceptos de cómo nos relacionamos en sociedad, porque el punto central de este ensayo es que nuestra forma de vivir impacta con cierta agresividad, lo cual puede generar consecuencias muy negativas que, quizá, dábamos por subjetivas. Es entonces cuando ideas como las de Haraway se presentan de forma tan valiosa, porque nos permiten entendernos desde otro lugar que es más amigable con lo que no entra en la norma, con lo que se encuentra en la frontera. También quiero dejar muy en claro que mi estado de angustia nació, creció y se expandió gracias a factores de mi vida personal. Tampoco busco responsabilizar como única causa a lo estructural, aunque sí lo considere un factor distinguido. Además, como último detalle relevante, logré salir de ese estado de extrema angustia gracias al apoyo incesante de mi familia, en primer lugar, como así también gracias a la excelente guía de mi terapeuta. Ahora sí, luego de haber hecho las aclaraciones correspondientes, puedo comenzar a exponer un poco la concepción que generé.

Considero que el vivir es una locura, aunque a simple vista no parezca. Crecemos bajo medios de comunicación que nos cuentan que la vida es feliz. Mientras tanto, tenemos que luchar contra aquellos otros conceptos que nos dicen por qué no somos felices.

Somos criados en un consumismo naturalizado, de variadas expresiones; esto, en el peor de los casos, se manifiesta a través de adicciones que, en ocasiones, resultan incluso fatales. Sin embargo, la mayor peligrosidad se encuentra en lo adictivo que no mata o que no deja consecuencias tan rápidas. Es la incitación a una frustración que nos atrae hacia las salidas más sencillas, puestas frente a nosotros. Me pregunto, llegado este punto, ¿de qué se tratará la felicidad *ciborg*? ¿Es posible construir modos de vivir que no respondan, al menos en su totalidad, a un sistema capitalista que nos enferma? La complejidad de la pregunta presenta como comienzo inevitable definir la *felicidad* como un estado de bienestar, paz interior si se le quiere decir, donde no es la ausencia de tristeza lo que la caracteriza, sino la capacidad de gestionar la

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



diversidad de emociones, desde un lugar de confianza propia. Por esto, el respeto hacia uno mismo juega un rol importante. Si es en lo subjetivo donde más se ejerce control, entonces podemos comenzar desde nuestra propia percepción de nosotros a no dejar que ese poder actúe. Valoro cierto potencial en las pequeñas acciones, como el mirarse al espejo, escuchar “las” voces y releer “los” pensamientos, buscando en respuesta no catalogarnos como buenos o malos, lindos o feos, sino desde una mirada honesta que explora la autenticidad personal, que se reconoce como una persona que no tiene por qué ser funcional, lucir de una determinada manera o encajar en un binarismo.

Para mí, el ser humano en nuestra cultura no es libre, o al menos, no lo será por gran parte de su vida, ni tampoco logrará serlo en su totalidad. Porque la *libertad* se define a sí misma a través de su ausencia; debido a esto, desconfío profundamente de aquellas palabras tan complejas que parecen tener una conceptualización tan sencilla. Sin embargo, como se habrá intuido en el título del ensayo, mi mirada no es para nada pesimista, y considero que una *felicidad ciborg* nos podría acercar más hacia una libertad, en cuanto reconozcamos aquellas creencias sobre nosotros o sobre el mundo que quizás no nos pertenezcan como individuos, sino que formen parte de aquel control al que nos someten. Es en extremo delicado hablar de formas alternas de vivir porque no podemos escapar del sistema. Yo misma contesto sin que se me haga la pregunta.

El poder, entonces, aunque Foucault lo caracterice como invisible, creo que puede hallarse en sus propias fallas. Nosotros somos esas fallas. Los raros, los anormales, los sensibles, los que no quieren ser hombres o mujeres, los que aman sin pensar en hombres o mujeres. No obstante, podemos reconsiderarnos. El *ciborg* es un ejemplo de ello. En esta categoría, entra todo lo que no sirve al capitalismo o patriarcado y es, entonces, una falla más. Si me miro al espejo y me pregunto ¿qué tan *ciborg* soy? No puedo responder con la sencillez de lo poco o lo mucho. Pero sí, me atrevo a estar en un trance, en un momento de cambio de piel. En una frontera entre lo que implica ser y no ser. El *ciborg* es un no ser, reconoce lo que no es y le da un nombre. No es en relación a lo constituido por la disyunción del sujeto-objeto. Mas

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



sí es en esta forma distinta de ver la realidad. Se proclama como válido también y se deshace de la falla.

En parte, ahí también se halla la felicidad *ciborg*, en descubrir lugares disidentes que buscan construir sus nuevas formas. No hablo de utopías ideales que funcionan perfectamente; en cambio, me refiero a la oportunidad de unir fuerzas para crear nuevas seguridades. En un mundo posmoderno, encuentro la oportunidad de hallar una página en blanco que está dejando entrar nuevas formas de ser. Las deja pasar por todos los años que ha golpeado, porque la página anterior es una mezcla de tinta y sangre, pero el libro se expande. No veo un progreso, ni un avance; como mencioné, para nuestra forma de vivir capitalista situada; al menos, en donde estamos, es una locura. Pero sí veo una expansión, una apertura.

Queda entonces ese espacio en blanco, que autores como Haraway ya están rellorando. Es el momento de buscar construir nuevas formas de vivir. Escribir articulando un nuevo lenguaje. En sus palabras, aclama: *la política de los ciborgs es la lucha por el lenguaje y contra la comunicación perfecta* (Haraway, 2018: 68). En el momento en que la *verdad* ha perdido significado, también lo ha hecho toda forma de inscribirse en ella. Ya sin dogmas definitivos, la lengua se estira a un campo abierto de expresión.

Peco, de manera final, al recurrir a la repetición para decir que, en ideas de Preciado, pero con palabras mías —porque ambas cosas hablan de lo mismo, aunque los temas sean diferentes y reemplace la palabra “amor”, por “vida”—, *ahora que ya no creo en la vida, por primera vez, estoy preparada para vivir*¹.

Para vivir una vida que está en una búsqueda constante de nuevas formas de ser sin alinearse directamente a la manera ya instalada. Aunque simule parecer lo mejor, como expuse anteriormente, nos enferma. Encapsula en una hegemonía que se aleja de las realidades variadas. Con esas realidades hay que conectar y buscar construir sitios de libertad. Porque estoy segura de que la libertad nunca se logra de manera individual. Espacios como los feminismos, las comunidades *queers*, los movimientos ecologistas, son algunos ejemplos que enriquecen nuevas formas las cuales nos permiten reflexionar desde qué lugar estamos eligiendo transitar en este periodo tan ínfimo.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



En similitud con Preciado, que deconstruyó la idea de *amor*, por mi parte, fui empujada a deconstruir la idea de *vivir*.

Aunque la pregunta inicial haya sido ¿cuál es el sentido de la vida? Sigo sin aún conservar respuesta alguna. En su contraparte, con mayor fuerza y menos angustia, vuelvo a preguntarme: ¿por qué y para quienes estamos viviendo? Y ¿cómo podemos, entonces, encontrarnos a nosotros mismos?

Como la naturaleza de este ensayo, queda una pregunta final que aún no tiene respuesta. Hablar de mi vida personal solo es un reflejo que sirve de ejemplo para ilustrar algunas ideas del concepto *ciborg*, las cuales enlazan a toda forma de ser que no funcione en relación a una normatividad construida. Como mi experiencia con la sensibilidad, o mi postura frente a qué lugar ocupo en mis relaciones, oponiéndome, como expuse, a ubicarme en una frontera.

Como punto final, espero poder ayudar a algún otro que haya sufrido por dolores estructurales y quizás en este escrito encuentre una manera distinta de observar sus inseguridades. Ayudar a que contemple como una forma de respuesta opuesta al odio hacia uno mismo, el hecho de amigarse, aunque sea mínimamente, con su persona. Como así, además, dejo para mí y para todos, una llave para abrir incontables puertas que lleven a cada uno hacia un destino distinto. Esta oportunidad se materializa, en parte, gracias a autores como los mencionados.

Este ensayo comienza y termina con enunciados que he creado en algún tiempo de reflexión. Aunque empiece con una frase que escribí hace ya cuatro años, le doy un cierre con un pequeño verso que formulé pensando en este texto.

*Mi alma pide el debido duelo y yo no sé entenderlo.
La identidad dejó de ser una fijeza hace ya un tiempo.
Qué complejo, transitar fronteras,
Pero, más difícil, esperar siempre lo mismo,
De un ser que está en un constante abismo.*

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



Notas

¹ Frase original: *Y ahora que ya no creo en el amor, por primera vez, estoy preparado para amar: de forma finita, immanente, anormalmente.* (Preciado, 2019: 144)

Bibliografía

Preciado, P. B. (2019). *Un apartamento en Urano*. Buenos Aires: Editorial Anagrama.

Haraway, D. (2018) *Manifiesto para ciborgs*. Ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX. Buenos Aires: Letra Sudaca.

Foucault, M. (1975) *Vigilar y castigar*. Nacimiento de la prisión. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

TABBIA, VALENTINA

valetbba@gmail.com

Nació el 28 de septiembre de 2004. Finalizó su primer año en la Licenciatura en Psicología de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba. Está inmersa en la escritura creativa, como la poesía o microrrelato. Actualmente comienza a incorporar a su campo de experimentación la producción académica.

Heterocronías. Feminismos y Epistemologías del Sur.

Vol. V – Núm. 2



Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/)

